



Seix Barral Biblioteca Breve

Alejandra Costamagna
Dile que no estoy

1

Ven, dice Miguel. Por favor, Lautaro, ven. No lo dice, en realidad, sino que lo escribe en una hoja de bloc con espirales que echa a un buzón de correos. Por favor, Lautaro, ven, y luego una sarta de palabras. Lautaro imagina que ahí, en esas frases mínimas, se dibuja la línea de un precipicio. La hoja viene adentro de un sobre americano y Lautaro la recibe como se recibe un papel cualquiera: una cuenta del agua, publicidad de electrodomésticos, folletos de alguna candidatura, el dato del nuevo gel antiarrugas. Cuando tiene el papel en sus manos puede imaginar la situación: Miguel a mil kilómetros de distancia, en un bar de la Gran Avenida, montado en un pisito, acodado en el mostrador, bebiendo la quinta malta Morenita de la noche, tartamudeando con una lapicera lo primero que se le viene a la cabeza, *porfavorlautaroven*, y a continuación el resto, cómo lo escribo, semiborracho, un poco ido por los recuerdos de una cara filuda como sierra; de un pelo liso cayendo disparejo, tapando las cejas; de la separación de los ojos hacia la sien; de la idea de que esos ojos, los ojos de Lautaro, van a ser tragados por el costado de la cabeza: de unos dedos flacos y medio callosos, en fin, de su primogénito, de él. Es muy posible que en este minuto Lautaro vea a su padre recordándolo como un hombre recuerda a un pariente muerto. A Oriana, por ejemplo, o al tío Armando.

Pero sepan que Lautaro no está muerto. Puede haberse acostumbrado otra vez al soplo helado de la brisa en Calbuco, a la poca luz de las calles y hasta a esa especie de chubasco que parece acompañar las voces de sus habitantes cuando dicen hola, quiubo. Pero está vivo, y en sus planes no figura ni de lejos la idea de cargar una maleta, abordar el bus a Puerto Montt, subir a un avión y cruzar la mitad de Chile: andar mil kilómetros en un par de horas. O en último caso ir a la estación de Puerto Montt y subir a un bus grande, con asientos reclinables y juego de bingo, y pasar muchas horas sentado en la misma postura mirando praderas y montes hasta llegar por fin a Santiago, tal como lo hiciera con Miguel hace más de quince años. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Solo porque esta vez su padre ha escrito en una hoja roñosa y con pulso borracho lo que ha escrito sin pensar o pensándolo demasiado bien y luego ha enviado y ahora él tiene al frente y lee aunque no quiera leer? ¿Solo porque él es su hijo? Por lo demás, su padre ni siquiera ha partido por llamarlo hijo —por favor, hijo, ven— sino Lautaro. Su nombre a secas.

Lautaro piensa que no hay razón para abandonar este equilibrio que ha conseguido, dejar el trabajo con el piano, las sonrisas desinteresadas de los clientes del Trumao, esa disposición hacia la pereza tan característica de la provincia. O de la provincia del sur, al menos. Es cierto que ahora puede recordar a Daniela casi sin rencor. No, no es cierto: eso le encantaría creer, pero no es realmente cierto. En cualquier caso (con o sin rencor) de aquí no se mueve. Eso es lo que pensó al abrir la carta. Eso es exactamente lo que piensa. Claudina le preguntó esta mañana qué iba a hacer, si esta vez iría a ver a Miguel. No, respondió Lautaro, tú sabes que viajar me cansa. Pero es tu padre, insistió la mujer con cara de desgracia. Pero es tu padre y está enfermo, quiso decir esa cara. Pero es mi padre y puede

que esté enfermo, hace años que está enfermo, quizás nació así, enfermo, y yo también me voy a enfermar algún día y Miguel tampoco va a estar, razonó él. Tic, tic, tic, hizo sonar ella su dedo índice sobre el mostrador de madera. Eso puede haber querido decir pero qué mal hijo, qué mala persona eres, por Dios. O quizás todo lo contrario: sí, sí, sí, tienes toda la razón, Lautaro, un padre así no es un padre. Pero Lautaro ni siquiera se molestó en interpretar el sentido de los golpecitos sobre la mesa. ¿Qué? ¿Ahora me vas a sermonear?, se adelantó a decir, por si acaso. ¿Yo, sermonear? ¿Cuándo te he sermoneado yo, Lautaro?, se eximió de culpas Claudina. ¿Qué vas a tomar de desayuno?

Claudina es la administradora del Trumao, el boliche donde Lautaro toca el piano de vez en cuando. Y el lugar donde vive desde hace más de ocho años como pensionista y colaborador remunerado de ciertas labores domésticas. Tiene cara de dibujo animado la mujer: unos ojos grandes y casi sin pestañas, una nariz corva, unos dientes minúsculos. Es linda Claudina, a pesar de esta apariencia. Aunque quizás «linda» no sea la palabra más adecuada. Una noche, cuando Lautaro llevaba un año y medio o poco menos en Calbuco, ella se metió en su cama, lo montó y se agitó un rato sobre él (sobre un cuerpo lánguido y desganado que respondía por inercia, si es que respondía). Fue una cosa tan torpe. Ni él ni ella disfrutaron el arrebato. De manera que esa fue la primera y la única vez que pasaron la noche juntos. La noche de Claudina, en todo caso, Lautaro no pudo evitar acordarse de Daniela. Pero de eso, de Daniela y su historia, ahora no quiere hablar. Si volvió a Calbuco fue precisamente para dejar que las notas del piano, la música de un bolero, un vals peruano, una ranchera o hasta una rumba se incrustaran en su mollera, bien adentro, y fueran vaciando de a poco pero concluyentemente todos esos recuerdos que algún día hubo. Cada vez que Lautaro

toca una nota en el piano tiene la idea de que ha tachado una pieza de su memoria. La carta, esa hojita de bloc roñosa enviada por Miguel desde la capital, es el borde de un despeñadero al que Lautaro no va a lanzarse. No al menos por voluntad propia. Su padre ya le ha escrito otras veces, pero hay algo en este papel, algo en lo elemental e irreversible del mensaje, que lo ahoga. Un golpe. Deliberado o no, un golpe como un garrotazo. Toma, mocoso. Miguel Palma se puede estar muriendo mil kilómetros al norte, piensa Lautaro, pero que por favor no venga a matar mi equilibrio ahora, justo ahora que ya lo tenía.